

MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA: ALEGORÍA DEL MAR FRENTE AL DIOS/NIÑO

POR GUILLERMO CARNERO

El privilegio de las cosas que han tenido importancia para un ser humano es que le autorizan a tratar de ellas refiriendo una historia. Y qué mejor hablando de poesía, si hemos de creer a Robert Graves. Hay una etapa en la formación del gusto y el criterio en la que prestamos atención a nuestras lecturas en función de la capacidad de enriquecernos que tienen, de añadirnos algo de lo que carecíamos, de descubrirnos algo desconocido cuya ausencia presentíamos. En ese primer estadio se suele carecer de capacidad crítica y es sólo un toque de aviso del instinto lo que nos hace colocar un libro entre los que pueden servirnos de alimento. Con el tiempo de aprender a doblar esa corriente de afecto de una consideración más racional, más analítica; los años nos hacen ver que, muchas veces, la aceptación que de un libro hicimos resultó de una atención demasiado exclusiva a convertir en carne propia lo que admirábamos: a menudo la relectura de nuestros libros de adolescencia nos los derrumba de sus pedestales y con ello a aquel que éramos. Por eso es tan agradable advertir que algunas de las preferencias de nuestros años jóvenes resisten a la prueba del tiempo; ahí agradecemos, además de su validez ratificada, el no habernos equivocado entonces.

Mi primer contacto con la poesía de Alvarez Ortega fue la lectura de **Exilio** (Adonais, 1955) en 1963. De su obra anterior, publicada por **Aglæ**, Córdoba, no he llegado a conocer más que **Hombre de otro tiempo** (1954), muchos años después, cuando ya me unía a su autor una gran amistad. En el desolador panorama de la poesía española de los años cincuenta, la obra de Manuel Alvarez Ortega adquiría, para el lector de hace diez años, una significación especial. No quiero referirme más que a lo que se podría llamar la “escuela andaluza de los años cincuenta”: un grupo de poetas situados en un Sur que yo veía entonces aureolado de púrpuras de salterio como la Irlanda de los siglos oscuros, conservando el legado de una sensibilidad y un vocabulario que, con pocas excepciones, había perecido en el resto de España. En Alvarez Ortega, además de estas características, había y hay una mayor atención a la poesía europea, que luego se ha concretado en su antología **Poesía Francesa Contemporánea** (1967); en aquel tiempo en que los poetas hacían uso, a mi modo de ver excesivo, de D. Antonio Machado, y los profesores de literatura se doctoraban invariablemente

sobre D. Miguel de Unamuno y similares, la apertura al exterior que la obra de Alvarez Ortega mostraba era una lección de buen criterio y una garantía de perdurabilidad, que su autor tuvo que pagar con un largo ostracismo. La impresión que me produjo **Exilio** se vio confirmada luego: **Dios de un día** (1962), **Invencción de la Muerte** (1964), **Despedida en el tiempo** (1967), **Oscura Marea** (1968) y **Oficio de los días** (1969), tenían el espíritu de la poesía de todos los tiempos que hoy sigue estando viva.

* * *

La obra de Alvarez Ortega puede definirse en función de un "motivo" que es básico y recurrente en ella, que la explica y vertebra en su totalidad y da razón de cada una de sus partes, y que una vez reconocido hace ver que los demás que pudieran competir con él en primacía (especialmente uno muy frecuente: el desengaño tras el amor) son encarnaciones o episodios suyos: me refiero a su concepto desencantado de la naturaleza humana, con la que el poeta se siente, sin embargo, completamente solidario. De esa contradicción entre rechazo y solidaridad surge el componente trágico que subyace en todos y cada uno de los poemas de Alvarez Ortega. Visión desencantada del hombre que se confirma idealizándolo; el hombre es un ser de superior especie (dios o ángel), caído, o un simple niño degradado por el transcurso de su edad. La niñez es inocencia y también principio, como el estado angélico es superior en sabiduría y belleza al humano, y anterior a él en el tiempo. Alvarez Ortega siente la nostalgia de ese otro tiempo mítico en que los hombres eran iguales a los dioses (dice el Génesis: "**Seréis como dioses**"). Los hombres de Alvarez Ortega son **dioses de otro tiempo** y su vida es, por el conflicto entre su aspiración a la divinidad y su apego al estado de degradación, un **exilio**. De la degradación es causa y esplendorosa compensación una circunstancia: la carnalidad; carnalidad que vista en su doble significación de castigo y don sería, si hubiera que prescindir de todas menos una, la "característica" del clima de sensualidad insatisfactoria en que Alvarez Ortega sumerge al lector; por ejemplo, cuando dice: "**tu espléndido designio**" (**Hombre de otro tiempo**, pág. 26). La añoranza de un tiempo y una naturaleza perdidos recorre **Hombre de otro tiempo**, libro en que el poeta increpa a su propio cuerpo: "**aque! dios que fuiste**", al cuerpo de su amada: "**te amaba igual que a un dios**". Y donde resumiendo dice: "**Mírate, mírate caído, dios, demonio. hombre**" (pág. 26). Hombre caído, degeneración de un dios pero también de un niño:

**"Por última vez me inclino hacia tu lecho
para olvidarme al fin de tu callada muerte
con la oscura inocencia de aquel niño
que ocupaba tu voz... (págs. 27-28).**

El tema del Dios/Niño no es exclusivo de una primera etapa de Alvarez Ortega. Lo encontramos en **Exilio**:

**"...dioses con harapos
caídos por las rotas esquinas." (pág. 56),**

y especialmente en **Dios de un día**, el libro donde Alvarez Ortega formu-

la con mayor nitidez esta alegría obsesionante:

“...dios de un día, hombre de muerte traspasado...” (pág. 16)
“...el hombre, roto dios...” (pág. 17)

En su último libro hasta ahora, **Oficio de los días**, cuando muchas concepciones han sido modificadas por quince años de labor poética, vuelve el fantasma de la niñez y la perfección divina:

“Ahora tú solo, dios de infancia, padre ” (pág. 15).
**“...me instalo
como un dios nuevo, un ángel impuro...”** (pág. 18)

El mar tiene en la obra de Alvarez Ortega una especial relevancia, de entre los elementos naturales que el poeta contempla y nombra. Naturaleza que está siempre presente como una figuración de lo humano, aunque con mayor intensidad en **Hombre de otro tiempo** y **Exilio**, mientras en **Oficio de los días** predomina, a la hora de objetivar un estado de ánimo, de escenografía (ver el maravilloso poema **Vivir es descender a lo largo de los días**). La Naturaleza no aparece nunca descrita, dada, no es un telón de fondo: el paisaje, al contrario, se humaniza, se carga del dolor y la sensibilidad de los cuerpos, y a la vez los cuerpos construyen su receptividad en categorías de paisaje. La identificación cuerpo-paisaje: **“sangrante rama”** (**Hombre de otro tiempo**, pág. 16). Al darse esta identificación hombre-naturaleza, tendrá el mar que desempeñar un destacado papel en la exposición del tema mayor de la poesía de Alvarez Ortega: el del Dios/ Niño. En efecto, la inocencia idílica del niño está aureolada de atributos marinos:

**“...aquel niño que recorría tu mundo
gastándose en los escalones de la ría,
coronadas las manos de conchas y raíces,
sus muslos manchados por el cieno de los peces
en la desierta playa”.**

(**Exilio**, pág. 11),

y los momentos felices del adulto participan en su felicidad, de esa niñez marítima, tienen lugar en la misma playa de los años infantiles:

“Allí nos conocimos ” (id).

Así la playa es un lugar sagrado, en ella se cumple un rito: la iniciación del amor, exorcismo contra la degeneración y la muerte; el amor es un elixir de nueva vida y su misterio se representa en la misma arena en que el niño vivió; voadyuva al encantamiento, contra la fuerza destructora del tiempo, la permanencia de un lugar en el espacio. Y también con el símbolo del mar se formula la invalidez del rito:

**“...Oigo
el golpe de los barcos en los viejos malecones
llenos de miseria. Me inundo en su cieno.
Escucho el mar que siembra en mi boca su castigo”**
(**Dios de un día**, pág. 21).

Y no es de extrañar que cuando en los dos últimos libros de Alvarez Orte-

ga el amor sea definido como una esperanza definitivamente vacía, deje el mar de ocupar ese rango de principal componente de la figuración, desaparezca como imagen visionaria aunque persista en función metafórica. Pero siempre, ya en **Exilio**, es el mar, como fiel correlato de la contradicción entre aceptación y rechazo de la naturaleza humana, un símbolo ambivalente: lugar natural de la felicidad, y ejemplo de la destrucción y la ruina:

“...oscura cabeza desangrada
por fósiles de aves y pescados...” (**Exilio**, pág. 12).

Exilio es el más marítimo de los libros de Alvarez Ortega; basta leer **Viejo amor en la bahía**, **Soledad dulce veneno en mis labios**, o **Alguna vez yo he visto en un país extraño**, o **Un reino perdido más allá del océano**.

En **Dios de un día**, donde un toque de serenidad hace posible la aceptación de la felicidad pasajera e ineficaz es de nuevo el mar símbolo de la fugacidad feliz: por ejemplo, en el poema **Antigua playa de Septiembre**. El mar puebla el que, a mi modo de ver, es el mejor poema de Alvarez Ortega: **Esto es el Sur, la patria, el exilio**, de **Invencción de la Muerte**. Y cuando pierde relevancia el mar, se establecen en la poesía de Manuel Alvarez Ortega ingredientes de destrucción que el mar llevaba y traía, mezclados con el olor de sus contrarios: la soledad, la muerte, el paso del tiempo. Temas comunes formulados con incomparable maestría.

